

## Aranguren a través de sus *Obras Completas*

ENRIQUE BONETE PERALES

Son varias las razones culturales que avalan una decisión como la de Editorial Trotta —excelentemente dirigida por Alejandro Sierra— de recoger en seis volúmenes la obra completa de José Luis López Aranguren: no pocos libros del profesor resultaban difíciles de encontrar en el mercado; tener acceso global y ordenado temáticamente a una obra tan dispersa posibilita el estudio y la valoración intelectual por parte de las nuevas generaciones de filósofos y escritores; la permanencia de la obra filosófica y ensayística de un español depende en buena medida de estas decisiones editoriales (los casos de Unamuno, Ortega y Zubiri —del que se están aún publicando trabajos inéditos— lo ponen de manifiesto); facilitará que las bibliotecas y centros de estudio españoles y extranjeros estén dotados de una edición definitiva y rigurosa del que ha sido uno de los más significativos herederos de la reflexión religiosa de Unamuno, de la habilidad ensayística de Ortega y de la aportación ético-filosófica de Zubiri; y, por último, es quizá el mejor homenaje que cabe hacer a un pensador ya fallecido y que tanto contribuyó al enriquecimiento de la cultura *religiosa, filosófica y política* de nuestro país.

Además de esta laudable decisión editorial, cabe resaltar el esmerado esfuerzo de Feliciano Blázquez por seleccionar y organizar todo el material disperso de y sobre Aranguren. Nos indica con precisión la estructura y el contenido de cada uno de estos seis volúmenes, resalta el contexto cultural en el que surgieron los libros en ellos recogidos y las ediciones o modificaciones que han experimentado. Tan necesaria tarea la ha realizado, con excelente documentación, el propio Feliciano Blázquez en las introducciones a los respectivos tomos. Sin el ahinco y la perseverancia que caracteriza a este estudioso de la vida y obra de nuestro profesor, no se podría haber iniciado, con la brillantez que refleja, tan ardua empresa editorial.

Los que hemos dedicado una etapa de nuestra vida a estudiar la obra arangureniana nos alegramos sumamente de tener acceso a estos volúmenes que, por su atractivo, nos impulsan a releer los opúsculos, artículos, capítulos y libros que más nos agradaron del profesor Aranguren y nos devuelven aquella sensación de frescura y brillantez que experimentábamos al sumergirnos hace algún tiempo en sus textos. Ahora que su obra, por su reciente muerte, ya está irremediabilmente completa, y que estos tomos de la Editorial Trotta (llamados a ser para su largo futuro el definitivo *corpus* arangureniano) nos la presentan mejor contextualizada y ordenada, es del todo oportuno recordar a los lectores de *Isegoría* (muchos de ellos interesados en la figura y el pensamiento de este intelectual) cuáles han sido las contribuciones principales

del profesor Aranguren a la reflexión ética de nuestro país. Por ello me propongo en estas páginas ofrecer una personal rccensión de estas *Obras Completas* que con «generosa osadía» (como reconocía el propio Aranguren nada más comenzar el prólogo del primer volumen) ha publicado la Editorial Trotta.

Presentaré una breve exposición de las que considero las cinco aportaciones del pensamiento de Aranguren —religiosa, filosófica, política, sociológica y literaria— unificadas por una insistente y novedosa perspectiva ética. Así pues, lo que vengo a presentar en esta ocasión constituye una especie de «guía» orientativa de los escritos más importantes de su obra, ubicables en cada una de las cinco aportaciones arriba indicadas, a fin de que los futuros lectores no se extravíen a través de las más de 4.000 páginas que suman estas *Obras Completas*.

### 1. Aportación ético-religiosa

De su presencia en el mundo católico español a partir de los años cuarenta han dado testimonio numerosas personalidades desde dentro y fuera de la Iglesia: ¿Cuántos teólogos, sacerdotes y laicos sensibles a la reflexión y a la cultura religiosa han leído los libros recogidos en el primero de sus volúmenes, especialmente *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia* (1952), *Catolicismo, día tras día* (1955) y *La crisis del catolicismo* (1969)? Muchos somos los que nos hemos asomado al mundo protestante, a la literatura religiosa y a la teología crítica desde estos escritos, sin olvidar *El protestantismo y la moral* (1954) —recogido en el volumen segundo—, uno de los mejores libros de Aranguren, injustamente desconocido, y puente en su itinerario intelectual hacia la ética filosófica.

El origen de este último libro se encuentra en su tesis doctoral. Se nos ofrece allí un análisis exhaustivo de las relaciones que ha mantenido el protestantismo con la moral (vol. 2, pp. 61-109), la secularización que ésta ha sufrido desde el calvinismo (pp. 121-142), hasta desembocar en el ateísmo de los años cincuenta y sesenta de carácter existencialista (pp. 143-157). Cabe resaltar su actualidad para comprender, en parte, las raíces del proceso secularizador que vivimos y, además, para situar en su debido contexto intelectual las posteriores afirmaciones de Aranguren en torno a la conveniencia de abrir la ética a la religión, postura original defendida más tarde con reiteración en su *Ética* (vol. 2, pp. 259-296) y que, con matices, ha mantenido a lo largo de su vida, contrastándola, en ocasiones públicamente, con tesis éticas más «cerradas» a la religión expuestas por otros filósofos españoles.

A comienzos de los cincuenta, época en que Aranguren escribió *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, no era común en el pensamiento español el contacto «comprensivo» con el mundo protestante. Entre los intelectuales católicos más abiertos de aquellos años, Aranguren hizo alarde de

un conocimiento sincero y profundo de las aportaciones religiosas derivadas de la teología y del «talante» de Lutero (vol 1, pp. 237-258). El concepto básico que le sirve como presupuesto antropológico para interpretar las diversas manifestaciones del catolicismo y del protestantismo considerados no como teologías contrapuestas, sino como «formas de vida», va a ser el de «talante». Su teoría sobre esta realidad antropológica aquí esbozada (pp. 217-235) resulta capital, no sólo para desvelar la presencia de Lutero en pensadores como Pascal (pp. 348-363), Kierkegaard (pp. 259-274), Heidegger (pp. 282-288) y Unamuno (pp. 371-385), entre otros, sino también para interpretar las semejanzas y contrastes con las «situaciones históricas» —otro concepto clave del Aranguren de los años cincuenta— del Calvinismo (pp. 289-299), Anglicanismo (pp. 306-326), Contrarreforma (pp. 327-347) y Catolicismo contemporáneo (pp. 386-397). Por otra parte, los conceptos de «talante» y «situación» vendrán a ocupar un lugar destacado en el pensamiento arangureniano posterior. Personalmente lo considero uno de los más valiosos libros del profesor que resulta aún hoy brillante.

A los pocos años del Concilio Vaticano II Aranguren, con la sensibilidad religiosa que mostró en los libros de los años cincuenta, emprende un sugerente análisis de la situación de «crisis» en que se encuentra el catolicismo en las sociedades industriales avanzadas. No es *La crisis del catolicismo* (vol. 1) un libro teológico en sentido fuerte, sino más bien un estudio referido a la «forma de vivir» esta confesión. Aranguren ofrece una *descripción* de la crisis teológica (pp. 697-707), moral (pp. 708-728), eclesiástica (pp. 729-736), religiosa (pp. 737-746) y filosófica (pp. 747-775) que sufre el catolicismo, al tiempo que apunta en su último capítulo, a modo de *conjetura*, las formas en que podría vivirse en el futuro —es decir, hoy— la pertenencia a la Iglesia (pp. 777-786). La huella de la teología norteamericana de los años sesenta es manifiesta en su diagnóstico. Resulta válido para comprender la situación social y moral de los católicos en Europa y Norteamérica recién estrenado el Concilio.

En uno de sus últimos libros que data de 1987, *Moral de la vida cotidiana, personal y religiosa* (vol. 2, pp. 673-752), dedica Aranguren la primera parte a desarrollar algunos de los rasgos más sobresalientes de la forma de vida moral en lo que recientes sociólogos norteamericanos interaccionistas denominan «cotidianidad». En su segunda parte trata temas tan sugerentes como el de la felicidad, la esperanza, la profecía, la creencia, la religión, la imaginación, el mito, la vida y la muerte. Aunque son pocas páginas y especialmente críticas con las formas establecidas de vida cristiana, nos siguen mostrando aquella preocupación ético-religiosa que caracterizó al primer Aranguren.

## 2. *La aportación ético-filosófica*

Ni que decir tiene que la contribución de Aranguren al estudio de la filosofía moral y a la creación ética en el panorama de la filosofía española es del todo sustancial. Son, por el número de ediciones agotadas, varios miles de universitarios —y no sólo estudiantes— los que desde finales de los cincuenta han ido leyendo su *Ética* (1958), sea por interés en este campo de reflexión, sea para preparar oposiciones a cátedras de bachillerato, sea para orientar sus clases los docentes universitarios. En este gran tratado, ciertamente original en aquellas fechas, encontramos interesantes exposiciones y críticas a las dimensiones éticas de las filosofías más importantes del pasado (Aristóteles, Santo Tomás, Kant) y del mundo contemporáneo. Pero lo más significativo, a mi juicio, es que nos reveló la fecundidad ética de Ortega y Zubiri y las posibilidades de continuar una tradición ética propiamente española.

Sin embargo, es éste, más que un manual para estudiantes o profesores, un libro de investigación ética con una estructura y un planteamiento originales. Consta de dos extensas partes: en la primera (vol. 2, pp. 167-299) se desarrollan los distintos principios de la ética (etimológico, prefilosófico, genético-histórico, sociológico, psicológico, metafísico, teológico) y en la segunda (pp. 301-502) se ofrecen densos análisis de temas éticos relevantes (el carácter moral, los hábitos, los actos, el bien, la felicidad, el talante, el amor, la virtud, la vida moral, el «*êthos*», la muerte). El profesor se sirve de dicha estructura para desarrollar sus propias tesis éticas que, como demostré a lo largo de mi libro *Aranguren: la ética entre la religión y la política* (Tecnos, Madrid, 1989), ya fueron insinuadas en sus escritos literario-religiosos de los años cincuenta, y culminaron con otras de carácter político-moral y socio-cultural. Por ello, debe ser considerada dicha obra, sin lugar a dudas, como el *centro* de todo su pensamiento ético. Las tesis más importantes de este tratado —quizá el más denso y mejor elaborado que se ha publicado en nuestra lengua en lo que va de siglo— podrían resumirse como sigue: 1) «La moral pensada debe mantenerse abierta a la moral vivida»; 2) «La ética debe abrirse necesariamente a la religión»; 3) «El objeto de la ética es el *êthos* o carácter moral»; 4) «El hombre es constitutivamente moral»; 5) «La ética está subordinada a la metafísica»; 6) «El *êthos* personal debe abrirse al *êthos* social». Aún hoy sigue siendo, a pesar de los años transcurridos, un libro que debieran estudiar con cierta dedicación tanto profesores como alumnos de filosofía moral.

Y si el tratado nos mostró, principalmente, el desarrollo ético que Aranguren hacía de los cursos antropológicos y metafísicos de Zubiri, su precioso librito *La ética de Ortega* —escasamente conocido y con mucho acierto recogido en el segundo volumen de estas *Obras* (pp. 503-539)—, nos manifiesta la huella que el pensamiento orteguiano había impreso en las propias reflexiones éticas de Aranguren. El origen de este pequeño libro fue la réplica que el profesor,

junto con otros intelectuales católicos de los años cincuenta (Lain, Marías, Maravall...), se vio obligado a presentar a la inquisidora exposición de las ideas orteguianas que había defendido el neotomista dominico P. Santiago Ramírez en su libro *La filosofía de Ortega y Gasset* (Herder, Madrid, 1958). Aranguren ofrece en su opúsculo una iluminadora interpretación del pensamiento ético de Ortega. A pesar de su brevedad —y del tiempo transcurrido, casi cuarenta años— se puede encontrar en él uno de los mejores análisis que existen de los dispersos textos éticos orteguianos.

Sin embargo, nuestro profesor no sólo fue sensible al pensamiento español (Unamuno, D'Ors, Ortega, Zubiri, sobre quienes había escrito ya —o escribiría más tarde— artículos y libros, recogidos en los volúmenes 1 y 2) que tanto le estimuló para su propia concepción de la ética, sino que revisó críticamente las dimensiones morales de las tres más significativas corrientes —o «imperios filosóficos», como los denominaba Ferrater Mora— de los años cincuenta y sesenta: la analítica, la fenomenología y el marxismo. Si de las dos primeras se ocupa a través de las páginas de la *Ética* dedicadas a Moore, Wittgenstein y Toulmin —poco conocidos en nuestro país por aquel entonces— y a Heidegger, Sartre y Scheler, a la tercera corriente dedicó un lúcido y breve libro, *El marxismo como moral* (1968), que además de reflejar una especial sensibilidad para captar y criticar el mensaje ético de esta corriente político-económica (vol. 3, pp. 187-199), ofrecía un sugerente diálogo del marxismo tanto con el novedoso estructuralismo francés (pp. 204-218) como con el cristianismo moral (pp. 218-224).

Coetáneo a esta revisión de la moral marxista es otro pequeño libro del año 67, *Lo que sabemos de moral* (reeditado en el 83 como *Propuestas morales* y recogido con este título en el volumen 2 de *Obras Completas*), en el que se matizan algunas tesis de su tratado, como por ejemplo —de las anteriormente señaladas— la 2.<sup>a</sup> (abertura de la ética a la religión) y la 5.<sup>a</sup> (la subordinación de la ética a la metafísica). Este libro puede ser considerado una amena introducción —no exenta de rigor— tanto a cuestiones y corrientes centrales de la ética filosófica —lógica de la moral, determinismo, relativismo, eudemonismo, utilitarismo, moral del deber, crítica de los valores (vol. 2, pp. 570-585)—, como a sus conexiones con la realidad social y cultural —la moralización, la socialización, la crisis actual de la moral, la democracia— (pp. 596-616). El propósito de Aranguren, en suma, era mostrar la centralidad de la moral tanto en la reflexión como en la vida social y, sobre todo, la grave crisis en que se encuentran las antiguas especulaciones de éticas religiosas, metafísicas y normativas.

Podríamos afirmar que Aranguren, con estas obras, se fue convirtiendo poco a poco en el inspirador de los «éticos» españoles encuadrables en las más variadas tendencias filosóficas —marxistas, fenomenólogos, analíticos, estructuralistas... y también cristianos—. Sobre la joven filosofía española y la presencia de Aranguren en ella puede consultarse *El oficio de intelectual*

y la crítica de la crítica (vol. 5, pp. 372-378). Repartidos por las universidades españolas, como muchos los que nos hemos alimentado del impulso de Aranguren para recorrer nuestro propio camino en el campo de la filosofía moral, considerándole siempre como el «padre de la ética» en España. Testimonio de la perenne presencia de Aranguren en el ámbito académico y filosófico de nuestro país son, también, la decena de homenajes a su persona y labor en gruesos volúmenes y revistas de pensamiento —con colaboradores de las más dispares tendencias y especialidades—, los libros colectivos e individuales a él dedicados con sumo agradecimiento por su amistad y apoyo intelectual, y sus numerosos prólogos a estudios religiosos, éticos, políticos y socioculturales. Nos ayuda, también, a valorar la amplitud de intereses intelectuales de Aranguren y la variada actividad cultural que impulsaba la figura y la pluma de nuestro profesor, sus críticas a libros de múltiples especialidades (teología, filosofía, política, sociología, lingüística, literatura...), como así lo pone de manifiesto la recopilación de aquéllas en su obra *La cultura española y la cultura establecida* (vol. 4, pp. 421-597).

### 3. La aportación ético-política

La relación de Aranguren con los políticos españoles no ha sido escasa, aunque siempre se mantuvo lejos de la práctica política más directa, pero muy cerca del análisis crítico del poder y del esfuerzo por «moralizar» la vida pública. Si el libro más valioso de su aportación a la reflexión religiosa en nuestro país fue *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, y el más representativo de su contribución a la filosofía española la *Ética*, la obra con la que se inicia claramente su, desde entonces, constante preocupación político-moral es *Ética y Política* (1963), recogida en el tercer volumen de estas *Obras Completas*. Políticamente atrevido para su época por el contexto franquista en que se escribió, este libro es un interesante estudio sobre las posibilidades de relacionar la ética y la política. Partiendo de la ética personal, Aranguren plantea temas tan complejos como la cuestionabilidad moral de la política (vol. 3, pp. 57-83), la posibilidad de acceder desde la ética social a la política —«ética de la alteridad»— (pp. 87-111) y la institucionalización de lo ético desde un Estado de Justicia o «ética de la aliedad» (pp. 147-165). Es éste un buen libro teórico no alejado de problemas práctico-políticos en el que Aranguren inicia su inflexión —que le durará hasta los últimos años de su vida— hacia cuestiones de moral social y política, ciertamente distintas a las ético-filosóficas desarrolladas en la *Ética*.

En esta misma línea de crítica moral de la política destacan sus reflexiones desarrolladas en artículos de *El País* y *La Vanguardia* que Aranguren fue publicando durante la transición española, y que se recogieron en el libro *La democracia establecida* (vol. 5, pp. 383-561). Aunque las reflexiones que contiene

parten siempre de comentarios a determinados fenómenos socio-culturales y político-morales que se vivieron en nuestro país, sirven de pretexto al profesor para defender una concepción moral de la política, sintetizada en su expresión «la democracia como moral», y una concepción del intelectual como crítico de la sociedad y del poder establecido. En el análisis de la democracia, Aranguren parte de la necesidad que tienen los ciudadanos de ser estimulados políticamente, de ser sacados de su inercia y entrega a la vida privada, hedonista y consumista, de su individualismo y egoísmo típicos de las sociedades desarrolladas. Esta tarea moral corresponde a los intelectuales ejercerla, a ellos que son la nueva versión de los antiguos y modernos «moralistas». El intelectual deberá ejercer una función moralizadora, crítica, utópica y heterodoxa respecto de la democracia establecida. En realidad, debe potenciar la politización de los ciudadanos, insitirles en que adopten y mantengan determinadas actitudes políticas. La democracia, pues, tiene que inventarse constantemente, no está nunca establecida, acabada; la democracia es un quehacer moral, es una aspiración, es un ideal, es una tarea moral colectiva que no tiene fin, como tampoco tiene fin la creación del *éthos* personal.

Así, pues, la idea que como intelectual ofrece de la política en *La democracia establecida* es muy otra a la que presentan los políticos profesionales. La entiende, más que nada, como moral, como cambio cultural, como actitud, como una concepción de la vida, como una forma de vivir que a todos incumbe y a todos implica; es algo así como una nueva «moral cívica». El compromiso político que supone la democracia debe cumplirse con seriedad, con responsabilidad y conciencia. Se podría sintetizar la visión de la política que se maneja en esta recopilación de artículos con las palabras latinas que Aranguren solía repetir, parafraseando la razón («*nulla aethetica sine ethica*») que su amigo J. M. Valverde, también recientemente fallecido, alegó al renunciar a su cátedra de Estética en solidaridad con nuestro profesor expulsado en el 65 de la Universidad española: «*NULLA POLITICA SINE ETHICA*» (vol. 5, pp. 417-419). Considero que las páginas de este ensayo vienen a constituir una especie de crónica intelectual de la política española posfranquista recomendable aún hoy para mantener vivos en el recuerdo nuestros primeros pasos hacia la democracia.

Ha continuado esta visión moral de la política democrática en *España: una meditación política*, de 1983 (vol. 3), en la que, entre otros asuntos, la parte central del libro está dedicada a la violencia terrorista (pp. 674-690), tema sobre el que ya se había pronunciado Aranguren durante los años sesenta al desarrollar la vertiente moral del marxismo en la obra arriba citada (vol. 3, pp. 192-199) y en la última parte de *El futuro de la Universidad y otras polémicas*, que recoge sus estudios «Violencia y Moral» (vol. 4, pp. 322-339) y «El cristiano y la violencia» (pp. 340-346).

Cuando trata Aranguren cuestiones político-morales (la violencia terrorista o revolucionaria, la participación política, la revitalización de la democracia, la moralización de la vida pública, las conexiones entre la ética y la política...)

siempre expone, con mayor o menor detalle, su concepción moral del intelectual. Aunque ésta fue esbozada a finales de los cincuenta al enmarcar sus escritos religiosos y al referirse a la misión del intelectual católico en la renovación de la Iglesia, a mi modo de ver es en sus reflexiones políticas donde se expone con mayor delimitación cuál es la función específica del intelectual ante las estructuras de poder. Y es en este marco crítico en el que procura distanciar, desarrollando la posición de Ortega, la figura del «intelectual» de la del «político». Un ejemplo de esta diferenciación funcional se encuentra en la conferencia pronunciada en el Congreso de los Diputados el 4 de febrero de 1985 titulada «La actitud ética y la actitud política» (vol. 3, pp. 558-563), en la que viene a concentrar lo que durante años había defendido en diversos artículos, desde aquel lejano texto titulado «El oficio del moralista en la sociedad actual» (vol. 2, pp. 635-641). A pesar de redactarse durante el año 59, este breve texto marcó claramente la posterior concepción del intelectual que Aranguren fue personificando entre nosotros hasta el final de su vida.

#### 4. *Aportación ético-social*

La función del intelectual, según Aranguren, no está sólo vinculada a la práctica política, sino también a la descripción y revisión crítica de las formas de vida moral establecidas en una sociedad, sean éstas las específicas de determinados grupos (por ejemplo, los jóvenes) o épocas históricas (por ejemplo, los españoles del siglo XIX). El hecho de que la cátedra que Aranguren obtuvo en 1955 fuese de «Ética y Sociología», le impulsó a estudiar dimensiones de la vida social, entre ellas, como no podía ser menos, las facetas morales de los grupos sociales. Los primeros escritos de carácter sociológico-moral que Aranguren escribió son «El ocio y la diversión en la ciudad», de 1958 (vol. 3, pp. 478-493), y «La juventud europea de hoy», de 1960 (vol. 4, pp. 179-201). Si el primero describe los rasgos, sobre todo morales, de una cultura del ocio en contraste con los de una cultura del trabajo (con sus respectivos sentidos de la vida, del placer, de la diversión, de la felicidad), en este segundo ensayo —complementario del anterior— procura Aranguren, además de exponer los caracteres generales de la juventud de los años sesenta condicionada por su situación histórico-social, ofrecer un intuitivo análisis de cómo se enfrentaban aquellos jóvenes a la vida matrimonial, sexual, laboral, espiritual, política y moral. Estos dos primeros ensayos han de ser leídos como una descripción, sociológica y moral a la vez, del comportamiento urbano y juvenil.

Una similar forma de hacer «sociología moral» ha sido continuada en los bellos ensayos, uno dedicado también a los jóvenes, *Bajo el signo de la juventud* (vol. 5, pp. 563-610), y el otro a los ancianos, *La vejez como autorrealización personal y social* (vol. 5, pp. 611-656). Habiendo sido el primero publicado en 1982 y el segundo en 1992, constituyen libritos que —a pesar de los diez

años que los separan— nos acercan a las dos formas de vida más dispares y, sin embargo, moralmente complementarias. Resulta del todo acertado recogerlos, uno detrás de otro, en el volumen 5: su lectura continuada hace más patentes los contrastes generacionales y morales.

Aranguren no es un aséptico sociólogo que *describe*, sino un moralista que *valora* hechos sociológicos, es decir, que percibe con finura poco común lo que de moral hay en los comportamientos sociales. La reflexión ética arangureniana se conecta tan armónicamente con la descripción sociológica que no sólo, según defendió en su tratado filosófico, *la ética personal ha de abrirse al «êthos social»*, sino que, como mostró en varios artículos y ensayos posteriores, *la sociología es, sobre todo, «ética social»*. Y ésta es, a mi juicio, la aportación más valiosa a la sociología que nos ha ofrecido Aranguren: haberla convertido en un campo de observación de «formas de vida» al servicio de la instauración de nuevas pautas morales en las sociedades cambiantes.

Tal perspectiva sociológico-moral no sólo fue aplicada a grupos sociales como los jóvenes, los ancianos o los habitantes de las grandes urbes, también Aranguren supo servirse de ella con maestría para estudiar nuestra pasada centuria: *Moral y sociedad. La moral social española en el siglo XIX* (1966), recogido en el volumen 4 (pp. 25-173). En esta obra le interesaba al profesor describir las líneas generales de los *moeurs*, de la moral vivida reflejada en los usos y las instituciones sociales, del «êthos social» decimonónico. Se proponía el profesor continuar este proyecto con otro libro sobre la moral social española del siglo XX. Nunca llegó a escribirlo. Sin embargo, no pocos de los breves artículos de los años setenta y ochenta podrían comprenderse como el intento de poner de manifiesto cuál es la moral vivida en nuestro país, durante esta centuria que ya acaba, bajo el *triple condicionamiento* del que depende, según desarrolló en aquel libro sobre el siglo XIX español, toda forma de vida moral: el económico, el social y el político.

Estos tres condicionantes de formas de vida moral los ha ido esbozando Aranguren en breves artículos de los setenta y ochenta. Del económico trató, por ejemplo, en «Ética de la penuria», «Moral de los años ochenta» y «Revisión de la moral en la sociedad actual», recogidos en el capítulo V de *Sobre imagen, identidad y heterodoxia* (vol. 3, pp. 423-437). Sobre el condicionamiento social destacaría, por ejemplo: «La moral social» y «Éticas y comunidades adultas», ambos presentes en *Ética de la felicidad y otros lenguajes* (vol. 3, pp. 537-553 y 564-578). Y sobre el condicionamiento político, sin olvidar los libros citados en el apartado dedicado a su aportación ético-política, señalaría «El hombre y la política» y «El político y el ciudadano español», también recogidos en *Ética de la felicidad...* (pp. 522-530 y 554-557).

Por otra parte, un estudio en el que se combinan estos tres condicionamientos de las formas sociales de vida moral podría ser «El sistema social, la sociedad actual y su transformación», que ocupa un lugar central en *Moralidades de hoy y de mañana* (vol. 3, pp. 248-272). La vertiente sociológica de

la cátedra de Aranguren, así como su larga estancia en Estados Unidos, contribuyeron, sin duda, a que su pensamiento ético se mostrase más sensible a las bases socioeconómicas de las cambiantes formas de vivir la moral. Gracias a las *Obras Completas* de Trotta, podemos releer y valorar el acierto de muchas de sus intuiciones sociológico-morales desarrolladas en dispersos ensayos.

### 5. Aportación ético-literaria

Desde los inicios de su actividad intelectual dio muestras Aranguren de una exquisita sensibilidad literaria. Colaboró a finales de los años cuarenta y durante los cincuenta con los llamados poetas de la «generación del 36», como se refleja en varios artículos de su *Crítica y meditación* (vol. 6, pp. 21 y ss.). Nos enseñó, también, a valorar las dimensiones religioso-morales de la novela y la poesía contemporáneas en muchos de sus escritos, sobre todo:

a) En la tercera parte de *Catolicismo y protestantismo como formas de existencia*, en la que la novela de Unamuno, la poesía de Stefan George, la poesía de L. F. Vivanco, la novela de G. Greene y los escritos de Simone Weil (vol. 1, pp. 365-411) le sirvieron al profesor para mostrar de qué forma se expresaba en la literatura de aquellos años la lejanía y cercanía del hombre a Dios.

b) En la última sección de *El protestantismo y la moral*, en la que desde las novelas de Albert Camus y de Graham Greene explicita Aranguren las graves tensiones religiosas y morales que experimentaban los hombres durante los años cincuenta (vol. 2, pp. 149-157).

c) En la primera parte de *Catolicismo día tras día*, en la que podemos encontrar artículos de alta calidad literaria como los dedicados a la novela religiosa (vol. 1, pp. 432-462), a la poesía de Antonio Machado, a las obras de André Gide y de Franz Kafka (pp. 512-533); estudios que nos interpretan a estos escritores desde sus inquietudes religioso-morales no siempre explícitas en sus obras. También recoge espléndidos trabajos sobre dimensiones religiosas del pensamiento y vida de filósofos españoles (Ortega, García Morente, Zubiri). Resultan aún hoy páginas bellas que denotan una sensibilidad especial para captar la trama religiosa de tan insignes literatos y pensadores.

d) En su profundo librito *El cristianismo de Dostoievski* (vol. 1, pp. 789-829), en el que, además de analizar con sumo acierto las complejas implicaciones morales de dos de las tesis presentes en sus novelas («Si no existe Dios, todo está permitido» y «El fin justifica los medios»), consigue explicar las ambiguas relaciones del novelista ruso, desde su posición pro-ortodoxa, con el catolicismo, el protestantismo y el cristianismo de los Evangelios.

e) Pero no sólo Aranguren ha estudiado con finura la «moral vivida» y la «fe vivida» a través de la novela y la poesía contemporáneas, sino que también penetró con agudeza en las facetas morales y cristianas de clásicos

españoles como Tirso de Molina (vol. 5, pp. 344-352), Santa Teresa de Ávila (vol. 6, pp. 625 y ss.), San Juan de la Cruz, Miguel de Cervantes y Baltasar Gracián, entre otros, interpretados estos tres últimos de forma original en su libro del año 76 *Estudios literarios* (vol. 6, pp. 263 y ss.).

Quisiera hacer especial hincapié en el que considero uno de los mejores ensayos ético-literarios de Aranguren: «La moral de Gracián». Fue publicado por primera vez en 1958, justamente el año en el que Aranguren concluyó su *Ética*. En aquel ensayo se sirve el profesor de los conceptos desarrollados en este tratado («*êthos*», «talante», «situación», «moral como estructura», «moral como contenido») para interpretar la compleja obra de Gracián. Considerándolo un «pensador de crisis», va analizando Aranguren con penetración envidiable su «maquiavelismo psicológico» (apto para el triunfo mundano), su «prudencia como astucia» (o conjunto de reglas moralmente neutrales para la manipulación práctica de la realidad), su «magnanimidad» siempre cauta, su «desengaño» del mundo y de la vida, etc. Aranguren concluye explicitando la concepción de la «personalidad moral» que se encuentra en la obra graciana, al mismo tiempo que procura desvelar los «contenidos» morales más presentes a lo largo de sus escritos principales. Este ensayo, a mi juicio, es el más representativo tanto de la habilidad de Aranguren para acercarse a la literatura desde sus propias categorías ético-filosóficas, como de su insistente interés por extraer fuerza moralizadora para la reflexión y la vida de los grandes creadores.

Por todo ello, es posible afirmar que ha sido la preocupación religiosa y moral la que más impulsó al profesor desde los años cuarenta —y a lo largo de toda su trayectoria intelectual— a entresacar de la literatura aquellos conflictos personales y sociales que puedan ilustrar aún al hombre de hoy. Son estas dos preocupaciones, pues, las que más sobresalen en sus ensayos literarios, aunque es la de carácter específicamente moral la que se acentúa a lo largo del tratado de *Ética* para reivindicar, al final de sus páginas (vol. 2, p. 501), que los estudiosos de esta disciplina filosófica han de leer intensamente y meditar la mejor literatura. Es en ésta donde se refleja con una fuerza plástica incomparable el drama moral en que consiste el vivir y el morir. Tal perspectiva metodológica potenciaría, sin duda, la reflexión y el estudio de la ética. Considero, por tanto, que el desvelamiento y la utilización del interés moral de la literatura clásica y contemporánea para la reflexión ha de contarse como una de las contribuciones éticas del profesor Aranguren que conviene resaltar, dado que compaginar con fecundidad la buena crítica literaria con la teoría ética no ha sido —ni es todavía— una cualidad intelectual entre los que nos dedicamos a la enseñanza de la filosofía moral en la Universidad. En esta última, como en las anteriores cuatro aportaciones éticas indicadas más arriba, Aranguren ha ejercido un magisterio que bien merece ser actualizado y al que, con toda seguridad, van a contribuir estos seis volúmenes de la joven, y ya consolidada, Editorial Trotta.